

Para mi abuelo

Puedo comenzar aclarando que este escrito no tiene nombre.
No es poema, ni texto, ni ensayo, ni carta.
Es sólo un escrito, para ti.
Un sencillo y no muy profesional escrito.
En el cual te demuestro, te quiero demostrar, que me gusta escribir.
Casi siempre es mi mejor salida, mi mejor terapia, mi más fuerte
calmante, mi representante cuando hay que decir algo, cuando hay que
decirle algo a alguien.
Y es que las ideas y palabras me salen mejor si simplemente las
implanto en el papel.
Extrañamente prefiero expresarme cantando, actuando, escribiendo o
hasta llorando en lugar de hablar.

Sin embargo no escribo muy seguido.
Sólo muy de vez en cuando acudo al baile con la pluma.
Cuando hay una verdadera ocasión especial, cuando realmente no sé
cómo comunicar lo que quiero decir, o cuando la emoción es tan grande
e inspirada que simplemente hay que escribirlo.
Creo que esta vez son las tres.
Y debo confesar que no sé bien que te voy a escribir, que te estoy
escribiendo. Pero sé que de verdad te quiero escribir.
Sé que mereces ser escrito.

Estos últimos años, meses, días, en los que cada segundo crezco, maduro
y conozco más y más, te he estado pensando.
Te he estado admirando, conociendo tus libros, tus juegos con las
palabras, tu sabiduría inocente que me conmueve mucho.

Hace unos días me dejaron una tarea, escribir.
Escribir basándome en una imagen, una foto o una pintura.
Al principio me dio miedo, ya que por más que me gusta escribir, por
más que disfruto patinando sobre las hojas, siento un gran miedo a
hacerlo mal. Como todo. Siento un gran miedo a hacerlo mal.

Supongo que esa sobre exigencia no me ha permitido escribir como podría hacerlo.

Sin embargo a la hora de encontrar la foto y luego la pintura que me gustó, sentí una gran necesidad de escribir todos los pensamientos que surgieron en ese momento.

Sentí, creo, algo que supongo que tú sientes diario. Sentí un impulso, una adicción, una atracción.

Y entonces entré a un mar de palabras, del que no salí hasta que terminé de escribir los dos textos que tenía que hacer de tarea.

Ese mar se comió todo. El tiempo, el aire, todo lo de afuera. Sólo quedamos las palabras, la imagen y yo.

Una hora después, cuando terminé los dos textos, regresé al mundo real, a mi mundo real. Al tiempo, al tráfico, al ruido, a mis malos hábitos.

Y sentí que no había pasado nada, como si alguien me hubiera robado esa hora, en la que me inspiré como pocas veces y decidí hacer mi tarea con unas ganas mucho mayores de entregarla bien y correctamente.

Con unas ganas tremendas de crear.

A la hora de la clase, cuando la maestra dramaturga reconocida preguntó por la tarea, inmediatamente me opaqué y escuché los textos de mis demás compañeros. Y justo cuando la maestra dijo ¿Nadie más? decidí hablar.

Decidí leer uno de mis textos. Decidí enfrentar mis ideas, mis palabras, mis metáforas, decidí enfrentarme a mí misma y enseñarle, a la dramaturga y a todo el salón, mi muy nervioso corazón.

Y cuando terminé de leer, me tranquilizó mucho la reacción de la maestra, ya que fueron muy satisfactorias sus preguntas:

“¿Habías escrito antes?

¿Te gusta escribir?

¿Lo haces seguido? ¿Desde cuándo?

¿Cuánto te tardaste en escribir esto?”

Entonces entendí. Entonces te entendí un poco más.

Entendí el placer de escribir. De revolcarme conmigo y mis pensamientos enredados, que realmente sólo logro desenredar plasmándolos en el papel.

Entendí que llevo en mis venas tu sangre. Tu pasión, tu necesidad de reencontrarte en el papel.

Y no es que antes no haya escrito, no es que antes no haya sentido una gran inspiración por decirle algo al mundo o a un ser por medio de las

letras. De hecho recuerdo cómo de pequeña quería ser poeta.

Quería ser como tú y vivir de ello. Y es que me gustan mucho tus palabras y todo lo que pueden llegar a significar.

Pero simplemente ese día, ese día en el que la muy exigente dramaturga contemporánea, me felicitó de una manera discreta con sus preguntas, entendí.

Entendí que a lo mejor no soy la mejor escribiendo, a lo mejor aún no tengo el vocabulario que tanto deseo tener, a lo mejor a veces no me inspiro como esa vez. Pero tengo que seguir haciéndolo. Tengo que seguir escribiendo, practicando, conociéndome por medio de las palabras, y así mientras me conozco un poco más a mí, conocerte un poco más ti.

Porque entendí y por lo tanto te entendí. Entendí que tus escritos van mucho más allá de decir frases bonitas y conmovedoras, van más allá de contar una historia que está en tu cabeza.

Tú creas. Creas revolución con las palabras. Creas esperanza, creas mundos y personajes que sólo una mente como la tuya puede crear.

Creas una humildad que te rodea, que te envuelve todito y por lo tanto te protege. Creas una ternura que sólo un niño-anciano como tú puede crear.

Creas, abuelo.

Entonces regreso al pasado. En donde de niña quería ser como tú.

Sólo que ahora he entendido, he entendido que no puedo ser como tú, simple y sencillamente porque tú eres tú, y eres tú por todo lo que has vivido.

Pero puedo crear. Quiero crear.

Y ese sabio consejo que me has dado por medio de tus escritos, por medio de tus desayunos y felicitaciones sí lo puedo heredar.

Voy a ser una creadora.

Y no importa que no sea la mejor escritora, lo único que quiero es crear algo nuevo, desahogarme un poco y lograr hacer, con las personas que lean lo que escribo, lo que tú has logrado conmigo: sentir unas ganas inmensas de meterme al mar de mis pensamientos y así, conocerme más, comunicar algo, y cambiar un poquito este mundo.

Tu gran admiradora secreta.

Tu nieta, Cecilia.

